

ABC

gran agitador de la ópera

vos –por los que nunca sintió aprecio–. Aquello marcaría una división que le acompañaría el resto de su vida, los pro mortier y los opositores. Cliché que se ha repetido también en su paso por la Ópera de París (2004-2009), institución a la que ya estuvo vinculado años antes, y en Madrid. Ese enfrentamiento, lejos de desanimarle, reactivaba aún más su convicción de la necesidad de agitar a un público, en su opinión, conservador y acomodado en la autocomplacencia y el entretenimiento.

Gurú de un club selecto

Sin embargo, Mortier, que se labró una carrera desde las humildes raíces de una familia trabajadora de Gante (su padre era panadero) hasta convertirse en gurú de un selecto club de directores de orquesta (Cambreling, Currentzis,) y colaboradores en la escena (Haneke, Viola, Kiefer, Sellars, Wilson, Tcherniakov, Warlikowski...) que le ayudaron a levantar los cimientos de su legado, veía el teatro como un «laboratorio de ideas». Un laboratorio que se abriría a otras disciplinas: la performance (Marina Abramovic), el arte (Kiefer, Viola), el cine (Haneke), otras músicas (Antony Hegarty) y propuestas escénicas (La Fura dels Baus). Muchos de ellos debutantes en el género.

El pasado verano le diagnosticaron un cáncer de páncreas, contra el que Gerard Mortier luchó con entereza y con la serenidad de quien fue discípulo de los Jesuitas, como demostró cada vez que visitó el Teatro Real para seguir de cerca el desarrollo de sus proyectos más personales, como el estreno mundial de «Brokeback Mountain» o la presentación en España de «Tristán e Isolda». También acompañó en la presentación de «The Indian Queen» a su amigo Peter Sellars, quien no dudaba en subrayar durante la rueda de prensa «la suerte que tienen de que este hombre esté todavía vivo entre ustedes». Pero el propio Mortier era consciente de su terrible enfermedad: «Me quedan cuatro meses», decía en octubre a los periodistas. Y un mes más tarde: «Sigo luchando, pero queda menos».

Su sucesión en el Teatro Real

Su enfermedad coincidió con su relevo al frente del Teatro Real, con el que tenía contrato hasta 2016. Las fuertes discrepancias provocadas durante sus tres años al frente del coliseo madrileño con parte del público y algunas instituciones extinguieron una posible renovación, y el anuncio de su enfermedad marcó la necesidad de adelantar el proceso de selección de su sucesor. Las declaraciones de Mortier en la prensa (desvelando los entresijos del proceso y su disconformidad ante alguien no elegido por él) ya son parte de la historia, una historia amarga que dejó heridas en ambas partes. El desencuentro se saldó con el nombramiento



El reparto de «Alceste» y la orquesta del Real, que subió al escenario, dedicaron ayer el aplauso del público a Gerard Mortier

Homenajes y banderas a media asta en el Teatro Real

El Teatro Real, donde las banderas de la fachada ondean a media asta, emitió un comunicado en el que manifestaba su «profundo dolor y consternación ante el fallecimiento de su consejero artístico». Una labor desde la que impulsó «de manera destacada el panorama operístico y cultural español, y situó al Real como uno

de los teatros líricos de referencia internacional». En la función de ayer de «Alceste», el director general, Ignacio García-Belenguer, pidió un minuto de silencio, y añadió: «Entre nosotros permanecerá su valiosísimo legado como gran impulsor de la ópera como arte abierto a nuestro tiempo». Al finalizar la obra, la orquesta subió al escenario para dedicar el aplauso del público a la memoria de Mortier. El coliseo anunció que prepara un homenaje al gestor belga.

Vivificador del debate cultural

ANÁLISIS

GREGORIO MARAÑÓN Y BERTRÁN DE LIS



Se nos ha ido el consejero artístico del Teatro Real, una figura decisiva en el ámbito cultural europeo. A mí, además, se me ha ido un extraordinario colaborador, que en sus años madrileños se hizo también un entrañable amigo del que he aprendido mucho.

La ópera, tal como hoy la entendemos, tiene en Gerard Mortier una referencia ineludible: en casi cuatro décadas –empiezan cuando es nombrado director general de La Monnaie de Bruselas, continúan cuando asume durante diez años la dirección del Festival de Salzburgo, que luego le llevan a dirigir el festival del Ruhr y la Ópera de París, para recalar finalmente en la dirección artística del Teatro Real–, ha renovado un género del que antes solo disfrutaban unos pocos sin que la existencia de unos aficionados jóvenes asegurara su futuro.

La ópera, escribió, debe ante todo

«romper la rutina de lo cotidiano, sensibilizar a la sociedad con los problemas de la concisión humana, confirmar que el mundo puede ser mejor». Así atrajo a nuevos públicos y a una multitud de jóvenes que se incorporaron con entusiasmo al presenciar unos espectáculos abiertos a nuestro tiempo, que entendían, que les planteaban problemas que conocían por su propia experiencia, que le divertía en un lenguaje nuevo, y que también les incitaba a la reflexión, en definitiva, que les conmovía no solo por la belleza de su música y de sus voces, sino también por su dramaturgia.

En el Teatro Real ha realizado algunas de sus mejores producciones, que quedarán para siempre como referencia artística, y nos deja además un legado muy valioso: unos cuerpos estables –orquesta y coro– mucho mejores que los que recibió; una proyección internacional que le hace ser la ópera nacional de referencia en España; y una extraordinaria capacidad de producción propia. Esto ha permitido a la institución que por fin,

trasmisión de Joan Matabosch como nuevo director artístico, y la reubicación del director belga en el organigrama del teatro como consejero artístico.

Sus logros en Madrid

Entre los logros alcanzados en el Teatro Real habrá también muchas discrepancias, reflejo de su propia personalidad. Consiguió que el coliseo madrileño apareciera en toda la prensa internacional gracias al estreno mundial de «El americano perfecto», inspirada en la vida de Walt Disney; el fichaje de Michael Haneke para dirigir la escena de «Così fan tutte» (coincidiendo con el éxito de su película «Amor») y la adaptación operística de la oscurizada «Brokeback Mountain». Reunió a figuras de la talla de Bob Wilson, Marina Abramovic, el actor Willem Dafoe y la voz de Antony Hegarty en un espectáculo fuera de las convenciones de la ópera, que tanto le gustaba transgredir, «Vida y muerte de Marina Abramovic».

Pero no todos sus experimentos tuvieron la misma fortuna. Ahí está «C(h)œurs», o los montajes de Tcherniakov, como «Don Giovanni». Sin ir más lejos, muy discutida ha sido la lectura escénica de «Alceste» de Gluck, dirigida por Warlikowski, que estos días se puede ver en el Real. Pero en estos títulos también se encuentra el éxito que cultivó Gerard Mortier, quien luchó durante toda su vida contra la diferencia.

tras su reapertura, haya alcanzado una identidad propia que la hace reconocible. También ha contribuido al actual modelo económico del Teatro Real, al lograr que la producción artística pase de ser deficitaria en casi dos millones de euros a contribuir con algo más de dos millones a los resultados del ejercicio. Finalmente, ha abierto la ópera a la ciudad, logrando que sea el centro de unas apasionadas polémicas que han vivificado nuestro debate cultural.

No tengo ninguna duda de los reconocimientos que ahora le llegarán a quien, hace apenas unas semanas, brindaba por el futuro del Real con un significativo «viva el Teatro Real», mientras ponía en valor la magnífica labor de Joan Matabosch y manifestaba esperanza en su futuro, al tiempo que empezaba a encargar el final de su propia vida. A algunos les parecerá que estos reconocimientos, como a Violeta, el personaje de «La Traviata», le llegan tarde. Pero no es así, porque contribuirán a asegurar que la obra de Gerard Mortier trascienda.

GREGORIO MARAÑÓN Y BERTRÁN DE LIS
ES PRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN
DEL TEATRO REAL